



El principito. Marcelo Wong.

Reseñas de exposiciones

Manuel Munive Maco
Investigador independiente
rupestrecontemporaneo@gmail.com

La Balada de lo Imposible Individual de dibujo de Gala Albitres. Galería Índigo

Hasta no hace mucho creí que un joven con aptitudes artísticas podía iniciar su aprendizaje del dibujo al ingresar en una escuela de arte y alcanzar allí una gran pericia. Pero pensando en algunos grandes dibujantes locales cuyo trabajo admiro y respeto –como Martín Moratillo y José Luis Carranza, por ejemplo–, descubro que ellos llegaron a sus respectivas escuelas manejando ya un dibujo solvente, adiestrado durante varios años de práctica intensa con lápiz o bolígrafo sobre cualquier papel que tuvieran a mano e, incluso, dentro de los márgenes de sus cuadernos escolares. Eso explica por qué cada uno de ellos literalmente *despegó* cuando estudiaba la carrera y explica también por qué aquellos que dibujaban apenas lo suficiente como para aprobar el examen de admisión, difícilmente alcanzaron ese mismo nivel durante los pocos semestres académicos. El tiempo invertido en dibujar marca la diferencia. (“Nadie nos quita lo dibujado”).



Conocí a Gala Albitres en el año 2011, cuando tuve a mi cargo unos cursillos de Historia del Arte Peruano en la Pre de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Gala se acercó durante el intermedio de la sesión dedicada a la historia del grabado en el Perú para contarme que quería ser grabadora; parece que se había percatado de mi particular entusiasmo por esa disciplina al escucharme hablar sobre nuestros grandes maestros (Sabogal, Allaín, Rebolledo, Bernasconi, etc.). En la clase de la semana siguiente me trajo un cartapacio repleto de minuciosos dibujos de naturaleza surrealista y desde entonces no me quedó duda de que no solo ingresaría a la escuela, como sucedió meses después, sino que llegaría a ser una artista, con todo lo que esa palabra implica. Pensaba también en ella cuando hablaba acerca de los dibujantes que, al margen de estar matriculados en una escuela de arte, trabajan y trabajan. Gala, por ejemplo, ha cultivado un exigente dibujo que ya la distingue y con el cual ejecuta también rigurosos grabados.

Fue por eso por lo que creímos oportuno mostrar una selección de las estampas ejecutadas por Gala Albitres durante su formación en la Escuela Nacional de Bellas Artes, dentro del programa de exhibiciones de la 5ª. Bienal Internacional de Grabado. No solo porque nos otorgó la posibilidad de ver el progresivo afianzamiento de su lenguaje, sino porque transparentó la metodología empleada en ese centro de formación artística, el más importante del Perú, y que se encuentra ya en las vísperas de su primer centenario.

Aquella exposición individual, titulada *En proceso*, presentada en la librería La Libre, estuvo constituida por una selección de las estampas elaboradas por Gala entre los años 2012 y 2016 en los talleres de grabado de la ENBA. A través de esas doce piezas realizadas en las diferentes técnicas que allí se imparten –xilografía, litografía, intaglio y serigrafía– asistimos a la consolidación de un lenguaje personal que, en el caso de la joven artista, se caracteriza por explorar las diversas representaciones metafóricas de lo femenino. Pero es necesario tratar brevemente sobre la segunda muestra personal de nuestra artista en la galería Índigo, la cual se tituló *La balada de lo imposible* y estuvo constituida exclusivamente por dibujos realizados en varias técnicas.

Protegidas por el halo de su propia belleza impoluta, las jóvenes y, aparentemente, frágiles mujeres que Gala Albitres rescata, milímetro a milímetro, de la blancura del papel, tienen, sin embargo, una templanza insospechada: no las inmuta que una víbora recorra su pecho desnudo ni –en una evidente revancha bíblica– asirla con una mano para escudriñar sus colmillos a un centímetro de distancia, evidenciando su inmunidad a cualquier veneno. Desde luego que esto es una minucia si reparamos en que ellas mismas pueden besar a la Muerte en la boca y apuñalarla después, para abolirla del todo.

Tan célibes y seductoras como las flores que las exornan, estas nínfulas parecieran ser las oficiantes de un desaparecido culto a la Naturaleza. En este caso Gala, como una iluminadora medieval en trance detrás de una lente de aumento, invoca, con precisión de orfebre, las reminiscencias de ese mundo antiguo –y particularmente marmóreo– en el que las cosas de la tierra y el cielo carecen de una frontera divisoria: la Madre Tierra y la Bóveda Celeste convergen, más bien, configurando el paisaje desde el cual sus silenciosas doncellas nos contemplan.

El espectador distinguirá las presencias masculinas en estas láminas por su infrecuencia: la Serpiente, la Muerte y –llamémosle así– el Varón, entran en escena como figurantes que corroboran el imperio de aquellas hespérides o vestales.

No me extenderé aquí sobre la alucinada técnica puntillista con que la artista ha elaborado cada una de sus visiones y en una escala que nos obliga a acercarnos a cada pieza dejándonos hechizados.

Gala Albitres apenas si ha empezado a conducirnos de la mano por un imaginario que puede resultarnos todavía indescifrable.



En este momento
Muestra individual de
fotografía de Mili DC
Hartinger. La Galería.

El alud de imágenes modificadas digitalmente que nos sepulta a diario ha conseguido que seamos, inevitablemente, escépticos respecto de esa vertiente tecnológica de la fotografía actual. Por un lado, nos abrumba su hiperabundancia y, por otro, nos inquieta el que las indagaciones

electrónicas que tanto nos fascinan como ámbito de experimentación se hagan pasar como *resultados* que merezcan ser expuestos y que bastan como tales para convocar al público.

Afortunadamente, esta situación ha obrado de manera compensatoria y nos hace valorar algunas de las cualidades que caracterizan al fotógrafo auténtico, entre ellas, la clarividencia de su mirada, sus desplazamientos físicos en pos de imágenes por rescatar, aquella cualidad de invisibilizarse entre las personas –pasando desapercibido incluso por quienes retrata–, y ese meditado proceso que los lleva a mostrar una imagen seleccionada entre otras cien que pasan a esperar su turno o a dormir para siempre en los archivos del taller.

Estas razones explican por qué la propuesta fotográfica de Mili DC Hartinger (Lima, 1988) llamó nuestra atención desde que la vimos por primera vez en medio del barullo de la noche inaugural de una feria de arte local y, posteriormente, en una publicación periódica especializada. Sobre todo tengo presentes aquellas vistas suyas ejecutadas en contextos naturales: estanques que reflejan el cielo, algunas embarcaciones en reposo y una vegetación particularmente quieta. Nos pareció notable que estas locaciones que constituyen en verdad un tópico de la fotografía pudieran reformularse con frescura. Era evidente que detrás de aquellas imágenes había una mirada que daba fe de su experiencia de *redescubrir* el mundo y, como ya lo dijimos, *una mirada* es casi todo lo que cuenta en la fotografía (y en el arte).

Contemplando las imágenes reunidas en esta tercera muestra personal, integrada exclusivamente por vistas de *paisaje urbano*, intuimos algo del *programa* exploratorio de lo real que ha orientado el registro de la autora: en su primera individual –*Hanan Pacha* (2013)– presentó algunos de los vastos y luminosos paisajes de altura de la región del Cusco; en la segunda –*Awakened reflections* (2015)–, montada en una galería neoyorkina, reunió secciones íntimas del paisaje y la floresta de Indochina, y ahora –literalmente– *En este momento*, incorpora a su trabajo las imágenes capturadas en espacios públicos de Niza y Burdeos, en las cuales aparecen también por primera vez las personas –adultos y niños– inmersas en la atemporalidad, como apariciones duplicadas por la reflectancia del suelo resplandeciente. Si habíamos olvidado que la realidad no requiere retoques, esta colección de fotografías nos lo recuerda con eficacia.

En pocas palabras, lugares específicos de Sudamérica, Asia y Europa, en ese orden, han sido territorio de exploración de la autora, corroborando con esto una de las cualidades del fotógrafo verdadero: el facilitarnos el acceso a visiones de lugares lejanos, como si fuera un corresponsal de la realidad distante, quien, gracias a la cámara –la compañera ideal de todo viajero– evita regresar con las manos vacías. (Debemos destacar también, porque habla del riguroso proceso de selección ejercido, el hecho de que la fotógrafa realizó varios viajes a Francia, muy reciente el último, para cerrar la colección de imágenes reunidas en La Galería).

En este momento resulta notable también por la habilidad de la fotógrafa para invisibilizarse, como un francotirador que sabe desde dónde y cuándo disparar. ¿Es que nadie se daba cuenta de que la fotógrafa estaba retratándolos durante un lapso prolongado? Así parece. En estas imágenes, acertadamente convertidas en su mayoría al blanco y negro, la mirada de Mili DC Hartinger parece flotar sigilosamente con la gracilidad del vapor que emana del lugar y envuelve a las personas.

El título de esta muestra es, además, un manifiesto de autor: la realidad –o aquello que definimos tan sencillamente como *realidad*– requiere de una inmersión total de los sentidos. Y en ese estado, incluso una apacible tarde de esparcimiento en un espacio público europeo puede conducirnos a una inesperada epifanía.



Primer Salón Nacional de Grabado Caxamarca. Complejo Monumental de Belén, Cajamarca

Así como la fotografía pareció haber llegado para relevar a la pintura en su misión de representar –o reproducir– la realidad visible, la moderna tecnología de impresión ha surgido aparentemente para aliviar al grabador de la que era, sin duda, la razón principal de su oficio: multiplicar la imagen para divulgarla a una escala mayor, sorteando así, poco a poco, las limitaciones impuestas por su coste económico. Esto explica que el libro ilustrado fuera durante siglos el ámbi-

to connatural del grabado –en madera, metal y piedra– y que desde entonces se forjara su íntima ligazón con la historia de la imprenta y el conocimiento.

Pero lo que en verdad ha conseguido la industria gráfica es liberar al grabado –tal como lo hizo la fotografía con la pintura– y consagrarlo como uno de los más versátiles medios artísticos y en plena coexistencia con las demás disciplinas.

La Escuela Superior de Formación Artística Mario Urteaga Alvarado, que muy recientemente produjo una notable muestra de fotografía analógica, continuando esa misma coherencia ética y estética, convoca hoy al Primer Salón Nacional de Grabado Caxamarca, posiblemente el primero que se realiza en mucho tiempo en la región y, sin duda, el primero que se ha articulado a partir de la participación de docentes y alumnos de los talleres y cursos de grabado de diversas escuelas de arte de nuestro país. Y subrayo esto pues, además de combatir el baldón atribuido entre nosotros de que el grabado es un *arte menor* –algo que nunca he sabido que se mencione en ninguno de los países que nos rodean–, nuestros centros de formación artística deben combatir también la sombra de la desactivación de sus cursos, talleres y especialidades de grabado, exacerbada, al parecer, por el seductor facilismo de las *impresiones instantáneas* –el verdadero nombre del mal llamado *grabado digital*–, y por la permanente carencia de equipamientos e insumos para la disciplina en el mercado local. Por eso, no creo exagerar cuando afirmo que el futuro del grabado en el Perú se encuentra fundamentalmente en los talleres de nuestras escuelas nacionales, es decir, en manos de un pequeño grupo de maestros y artistas, a varios de los cuales he tenido la fortuna de conocer. En ellos, y en su constancia y talento, se sustenta mi optimismo por lo que puedan alcanzar.

Desde luego que Cajamarca tiene sobradas razones para arrogarse el liderazgo del ejercicio del grabado en el Perú del siglo XXI; recordemos que fue el indigenismo el movimiento que renovó la xilografía peruana y que dos de los artistas que protagonizaron aquello fueron José Sabogal y Camilo Blas, pintores cajamarquinos ambos. En verdad, cuando los indigenistas eligen al grabado en madera como la técnica que los caracterizará, por ser material y conceptualmente acorde con su estética afiliada a la ruralidad –recordemos, por ejemplo, su predilección por el yute como soporte de su pintura o el uso de tablas rústicas para ensamblar sus marcos–, estaban vinculándolo con aquella expresión vernacular que nos traslada, por lo menos, hasta los inicios de la República; me refiero al singularísimo mate burilado tradicional y, sin quererlo –pues las excavaciones arqueológicas en nuestro territorio apenas habían empezado entonces–, con los mates pirograbados y burilados de Huaca Prieta, cuya antigüedad se estima hoy en 4000 años. Ninguna trayectoria del

grabado en Sudamérica puede equipararse al de la xilografía en el Perú; es un legado que no debemos soslayar. Y no olvidemos que, mediante el empleo del grabado en madera, los indigenistas fueron pioneros en el campo del diseño gráfico, tal como podemos apreciar en las exquisitas ediciones de la revista *Amauta*.

Durante una semana de junio del 2016, Milton Bautista recorrió diversos talleres de grabado en Lima, tanto los espacios de trabajo de artistas activos como los de la Escuela Nacional de Bellas Artes y la Facultad de Arte de la Universidad Católica, así como algunas galerías y museos, especialmente el del Banco Central de Reserva, que exhibe permanentemente una óptima colección de xilografía indigenista. Daniel Cotrina le había encargado hacer ese periplo antes de asumir la conducción del taller de Grabado de la escuela Mario Urteaga Alvarado. Las circunstancias hicieron que apenas unos meses después, en octubre de ese año, dicho taller participara con su producción recientísima junto a las estampas provenientes de otros seis, en una extensa muestra colectiva montada en la sala Pancho Fierro, titulada *El grabado peruano actual (más allá de Lima)*, la cual formó parte del circuito de exposiciones de la 5.ª Bienal Internacional de Grabado del ICPNA, de la cual fui curador general. Aquel fue, sin duda, *el bautizo de fuego* de Milton, y creo que el saldo fue muy positivo, ya que hoy, exactamente un año después de esa amplia exhibición organizada en Lima, la escuela cajamarquina inaugura su propio Salón Nacional de Grabado.

Quienes creemos en el grabado como medio de creación contemporánea y como un tangible medio de subsistencia para los jóvenes artistas, debemos contribuir con la continuidad de este salón, un nuevo espacio ganado para la disciplina gráfica, y fortalecer las redes que se han empezado a crear con los demás centros de formación artística nacionales. Tengamos en cuenta la naturaleza colectiva del oficio del grabador; esa es también una de sus fortalezas.

El Principito
Individual del escultor Marcelo Wong,
Galería Índigo

Si su celebridad como obra maestra de la literatura infantil es incuestionable, lo es también el hecho de que debe tratarse del único libro del mundo cuyo título trae consigo, inevitablemente, una única imagen inconfundible e inolvidable. Porque si *Alicia en el País de las Maravillas* o *Las aventuras de Tom Sawyer*, por citar solo dos ejemplos al vuelo, nos ponen delante de universos de fantasía y aventura, enriquecidos sin duda por las ediciones ilustradas que sucedieron a las primeras, la sola mención de *El Principito*, nos pone delante de los ojos a su bello, melancólico y enigmático protagonista en la visión canónica plasmada por el propio autor. Porque dibujándolo y pintándolo junto con los demás personajes y los paisajes de su minisistema planetario, Antoine de Saint-Exupéry se resguardó bien de que cualquier otro ilustrador lo hiciera. Y bosquejándolos en ese estilo que traza retratos sucintos o caricaturales de sus personajes, llegando incluso a esbozar descripciones *taquigráficas* del paisaje —como aquel del lugar donde desapareció *El Principito*,



el último del libro— Saint-Exupéry se vuelve inimitable. Y premonitorio también, pues él mismo, que no solo ejercía el oficio de aviador militar, desapareció mientras efectuaba un largo sobrevuelo hacia el centro de Europa. Y al desaparecer para siempre, dotó a su propio libro —del cual nunca pudo ver una edición impresa— de un epílogo más melancólico que trágico: parece que encontrar la muerte pilotando una aeronave, sin dejar rastro, pero sí un libro como el que comentamos nos garantiza la inmortalidad.

Pero el efecto de *El Principito*, como el de todas las obras maestras, no se agota con la lectura que hicimos de niños, sino que se renueva con cada relectura, por más distraída que esta sea. Y este libro en particular nos revela algo maravilloso, incluso cuando hemos llegado a convertirnos en esto que somos, unas ordinarias *personas mayores*. No se trata de un relato para niños, muy por el contrario, caemos en la cuenta de que gracias a sus símbolos intuitivos desde muy temprano lo que era una metáfora y nos preparó con metáforas —a veces enigmáticas— sobre aquello que tarde o temprano deberíamos enfrentar: la amistad, el amor, la soledad y la ausencia. Y nos regaló, del hocico de un zorrillo, una premisa esencial —casi un verso— que dice más que todos los evangelios: “Lo esencial es invisible a los ojos”.

Cuando Marcelo Wong me contó que había asumido el reto de modelar y llevar a la tridimensionalidad los personajes, locaciones y *utilería* que pueblan este libro originalmente ilustrado, me quedé paralizado y pensé en lo complicado del reto que iba a asumir pues, ¿cómo iba a poder competir con el hechizo de las acuarelas realizadas por el propio autor? Y sobre todo, ¿cómo iba a poder preservar su propio estilo escultórico sin dejarse invadir por la austera pero poderosa estética de Saint-Exupéry?

Como debí suponerlo, mi preocupación fue innecesaria, ya que Marcelo consiguió traer con éxito a este mundo tangible a cada uno de los protagonistas, locaciones y *utilería* que articulan el universo etéreo —y acuarelado— que habita las páginas de ese libro inspirado por un intelecto superior.